

CAPITULO XI.

"EL DEBATE"

Para sostener las ideas del Partido Reeleccionista, se fundaron dos periódicos en la ciudad de México: "La Reelección" y "El Debate." El primero era el órgano del Club de la capital de la República y el segundo, el periódico de combate que debía contestar a todos los ataques que se hicieran al Gobierno y a los reeleccionistas.

Hasta entonces, los científicos habían despreciado los ataques que se les habían hecho y los injuriadores habían contado con la impunidad, se juzgó que debía concluir esa tolerancia y se acordó repeler los ataques, en la misma forma que se recibían.

Naturalmente el hecho causó indignación a los que hasta entonces habían tenido el privilegio de insultar sin que se les atacara, y pusieron el grito en el cielo.

Al frente de "La Reelección," que era el periódico serio, se puso al licenciado don Antonio Caso, pero algún cuidado de familia le impidió en los primeros días ocupar el puesto, y mientras podía hacerse cargo, asumió su dirección. Como la ausencia del señor licenciado Caso se prolongara, hubo necesidad de sustituirlo definitivamente y fué nombrado para el puesto el señor licenciado don Antonio de la Peña y Reyes, quien cumplió su cometido con inteligencia y discreción, haciéndose acreedor a las alabanzas justísimas que se le prodigaron.

Para dirigir "El Debate" se pensó primero en el li-

cenciado Genaro García, quien presentó algunas dificultades por sus trabajos en el Museo—de donde era Director—y entonces se designó a don Guillermo Pous, quien trabajó con ahínco e inteligencia, luchando con dificultades sin cuento, que supo sortear con gran habilidad.

"El Debate" había sido fundado para repeler los ataques, que en forma virulenta, se hacían al Gobierno y a los reeleccionistas, y su tono tenía que ser vehemente; pero sin llegar a traspasar los límites de la decencia periodística. Desgraciadamente no siempre conservó el tono que debía y en algunas ocasiones se dejó arrastrar por el que le marcaban sus contrincantes, no obstante las continuas reconvenciones del señor Corral.

"El Debate" tenía una larga lista de redactores, pero de hecho, los que escribían o inspiraban y estaban constantemente en la redacción, opinando sobre el tono de los artículos que debían publicarse, eran los señores Luis del Toro, José María Lozano, Salvador Díaz Mirón, Nemesio García Naranjo, Rubén Valenti, Miguel y Ramón Lanz Duret, Luis A. Vial y Flor, Carlos García jr., Francisco González Mena (1) y los señores Manuel H. San Juan y doctor Constancio Peña Idiaquez. Los demás escribieron muy poco o nada, como el licenciado Francisco M. Olaguibel que generalmente publicaba sus artículos en "La Reelección."

Aun cuando el licenciado Rosendo Pineda era el jefe de la campaña y a quien se debía consultar en todos los casos difíciles, de hecho el Gobierno era quien dirigía "El Debate," pues el General Díaz, por conducto

(1)—Este señor se separó a los pocos meses de la redacción de "El Debate," pero en los primeros números su colaboración fué nutrida

del Senador don Antonio Arguinzoniz, enviaba al señor Pous las órdenes sobre lo que debía hacerse, y reclamaba, cuando los escritos no respondían al personal criterio del jefe del Ejecutivo. Por ejemplo, el General Díaz tenía muy recomendado que no se atacara a don Manuel Calero, que, como uno de los jefes del Partido Democrático, presentaba amplio flanco, y en una ocasión en que, infringiendo el encargo, se le atacó duramente, el Presidente, haciendo ver su enojo, ordenó que no se le volviera a tocar, porque estaba prestando servicios importantes al Gobierno. Como las palabras del Presidente podían interpretarse en el sentido de que el señor Calero era un espía del Gobierno, dentro del Partido Democrático; cuando conocieron, los que dirigían la campaña, las palabras del Presidente, quisieron cerciorarse hasta qué punto era verdadera aquella imputación y para ellos por diversos conductos, abordaron al Gral. Díaz, quien la ratificó expresamente.

Quizá, con el fin de hacer llegar al público el papel que, según el Presidente, representaba el señor Calero en la política en aquellos momentos, fué nombrado Subsecretario de Fomento, hecho que motivó la siguiente carta:

“Mayo 27 de 1909.—Sr. Diputado don Benito Juárez Presidente del Club Central del Partido Democrático.—Presente.—Mi distinguido amigo: Habiendo sido bondadosamente invitado por el señor Presidente de la República a desempeñar el cargo de Subsecretario interno en el Ministerio de Fomento, y habiendo yo aceptado, por motivos de gratitud, adhesión y respeto para con el señor General Díaz, lo que sin duda es un singular honor y una distinción inmerecida, debo tomar posesión de mi empleo y dedicar desde este momento todas mis ener-

gías a las labores del Ministerio que son, como es notorio, árduas y absorbentes.

Creo que todo ciudadano está en el deber de servir al país en un puesto público, cuando para ello es llamado; y yo, particularmente, no podía ni debía rehusar la invitación que bondadosamente se me hizo, por proceder del señor Presidente, quien de años atrás me honra con su amistad personal y me distingue con su benevolencia.

Dado por mí este paso, comprenderá usted que ningún tiempo me queda disponible para continuar colaborando con usted y con nuestros amigos del Club Central, en los trabajos políticos que teníamos emprendidos. Por otra parte, el que entra al servicio del Gobierno, diré más claramente, del Poder Administrativo, y, en particular, el que acepta un empleo de categoría y de responsabilidad, dependiente del Ejecutivo, está impedido, mientras lo desempeña, para participar en trabajos activos y directos de carácter meramente político.

Contrariaría yo mis propias convicciones si tratara de desempeñar al mismo tiempo las funciones de Subsecretario de Estado y las de colaborador activo en una Organización militante, en un centro de propaganda política como es el Club que usted tan dignamente preside.

Ruego a usted me otorgue el especial favor de hacer conocer al Club, para sus efectos, las consideraciones que anteceden. Creo, por otra parte, que nuestros altos principios políticos, consignados en un programa a cuya elaboración tuve la honra de contribuir y que encierra la expresión de algunas de mis más sinceras convicciones, serán brillante y eficazmente propagados por usted y nuestros distinguidos amigos, sin que se eche de menos mi insignificante concurso.

Sírvase usted y los demás miembros del Club, aceptar mi cordial agradecimiento por sus bondadosas distinciones y Ud. reciba, las seguridades de mi amistad y estimación.—Firmado: **Manuel Calero.**”

A este comunicado la directiva del Partido Democrático dió el siguiente acuerdo. Felicítase al señor Calero por la distinción de que ha sido objeto, comuníquesele que el Club Central acepta con pena su separación temporal, y que, una vez cumplido su alto encargo, se le recibirá en el seno del Club con los honores que se merece.”

Más tarde, y cuando los acontecimientos obligaron al General Reyes a regresar de la sierra de Galeana a la capital del Estado de Nuevo León, el señor Calero fué enviado por el General Díaz, para convencerlo de que debía abandonar la política del País y marchar con una comisión militar a Europa.

Concluida la campaña política, “El Debate” había terminado su misión y el señor Corral y el licenciado Pineda propusieron que dejara de publicarse; pero el General Díaz no quiso que desapareciera, y hubo que mantenerlo, costado por los reeleccionistas, hasta que, a mediados de Noviembre, y con motivo del lynchamiento de un tal Rodríguez en el Estado de Texas, publicó un artículo muy antiamericano, intitulado “La Pezuña de Dolaria.”

Días después de publicado este artículo, el General Díaz recibió la visita de Mr. Lane Wilson, e inmediatamente llamó al licenciado Pineda y ordenó la muerte del periódico.

“El Debate” no volvió a publicarse. “La Pezuña de Dolaria” lo mató.

CAPITULO XII.

“EL REYISMO”

El General don Bernardo Reyes, desde que en 1892 rompió con los científicos, comenzó a formar, dentro de los Estados que estaban bajo su férula, asociaciones que le sirvieran en su oportunidad para sus planes políticos; pero cuando el señor Limantour en 1898, estuvo en Monterrey para hablarle de su proyectada candidatura a la Presidencia de la República que malévolamente había deslizado a su oído el General Díaz, sabiendo que tal promesa no sería cumplida, dió forma definitiva a tales trabajos. Organizó al efecto, lógias masónicas que se extendieron a los Estados de Chihuahua, Zacatecas, Jalisco y San Luis Potosí. Pensó, con buen criterio, que si realmente el General Díaz dejaba el Poder, era más fácil que él lo recibiera, sobre todo, si estaba preparado y contaba con núcleos de partidarios en los principales Estados del País, que el Ministro de Hacienda, que iba a pedirle el apoyo de su espada. Aún en el caso de que el General Díaz pensara cumplir lo ofrecido al Ministro Limantour, era muy conveniente para el General Reyes, contar con los núcleos que comenzó a formar y que en tal caso le servirían para imponerse si repentinamente faltaba el General Díaz antes de entregar el Poder. Cuando fué llamado el General Reyes al Ministerio de Guerra, en 1901, la organización de sus trabajos era bastante extensa en todo el País. Fenómeno curioso, pero

explicable, el General Reyes representaba la continuación de la Dictadura; de una dictadura peor que la del General Díaz, como lo demostraba su Gobierno en Nuevo León, y sin embargo, a él volvían sus miradas y a su partido se afiliaban, muchos hombres a quienes repugnaban los procedimientos políticos del General Díaz; a los que, su ansia de salir de un despotismo, no los dejaba ver que el pendón bajo el que se alistaban representaba una tiranía más brutal que la de que huían. Y es que en política, los hombres se ciegan con mucha facilidad, y como a las mariposas, los atrae el fuego que los mata.

Ya en el Ministerio, el General Reyes creó la Segunda Reserva, y a la sombra de ella pudo hacer propaganda más efectiva, pues con el pretexto de dar instrucción militar a los reservistas, envió emisarios por toda la República, cuyo objeto positivo era trabajar en su favor. Las primeras agitaciones que se notaron en las masas populares en la época del General Díaz, fueron de origen reyista y las lógias masónicas fundadas por el General Reyes, y los Clubes reyistas que se organizaron después, fueron el fermento que más tarde aprovechó el señor Madero para hacer la revolución de 1910.

La Segunda Reserva, creada por el General Reyes, con el objeto ostensible de preparar a la Nación para el caso de una guerra extranjera, no fué, como tengo dicho, sino una arma política, como lo fué más tarde la ley obrera expedida en Nuevo León, y que en realidad, poco beneficia al trabajador; pero hizo aparecer al gobernante como protector resuelto de las clases humildes.

El General Reyes no podía presentarse como un demócrata, pero como conocía nuestro medio, se hizo presentar ante el público, por sus amigos, como el reivindicador de antiguos agravios contra el coloso del Norte,

y como el Napoleón que conduciría al pueblo mexicano a la victoria, e integraría la Patria desmembrada en "Guadalupe" y la "Mesilla" por la torpeza, la avaricia y las ambiciones de un soldado audaz.

El General Díaz, que tenía el talento de conocer a los hombres, pronto se desengañó del General Reyes, como ya lo estaba del señor Dehesa, no obstante que aquel con su despotismo habría justificado al General Díaz. A ninguno de los dos habría confiado jamás el Poder, porque en primer lugar, estaba resuelto a no dejarlo a nadie, y menos a quien sabía que no se lo devolvería; pero en su eterna desconfianza, los utilizaba contra el señor Limantour y los científicos. Los señores Reyes y Dehesa, por conducto de sus amigos, fueron los que hicieron mayor propaganda de calumnias contra el grupo científico; y lo hicieron, no sólo por su propia cuenta, sino porque sabían que así halagaban al Presidente de la República, quien se complacía en que tales calumnias se propagaran.

El General Reyes, hasta su llegada al Gobierno de Nuevo León, no se había distinguido como militar de conocimientos, ni siquiera como soldado de valor. En este libro, como siempre, me he propuesto decir la verdad, así es que no quiero decir con lo anterior, que fuera un cobarde; muy lejos de mi mente está tal cosa, y si lo llamara cobarde, faltaría a la verdad. Pero el valor, entre nosotros, no es una cualidad extraordinaria; es inherente a nuestra raza, pertenece a nuestra idiosincrasia. Se necesita algo extraordinario para que pueda decirse de un soldado mexicano, que es valiente, esto es, para que se le distinga del resto de sus compañeros por su valor.

El General Reyes había sentado plaza, poco antes del

sitio de Querétaro, en el Ejército que estaba a las órdenes del General don Ramón Corona, y en calidad de sargento, encargado de la papelería, en unión del señor Gallardo, había asistido al cerco de la ciudad donde murió el Imperio. De allí pasó, al reorganizarse las fuerzas republicanas, a la Cuarta División, donde en calidad de Ayudante del General Corona, asistió a la batalla de la "Mohonera."

La revolución de Tuxtepec lo encontró en la Cuarta División, que mandaba el General Ceballos, y allí estuvo hasta la caída del Gobierno del señor Lerdo, teniendo una aventura desagradable en Tepic. El General don Donato Guerra aseguraba que el señor Reyes, en una conferencia que tuvieron en Santiago Ixcuintla, le había ofrecido pasarse a la revolución, así es que, cuando el General Guerra se encontraba en Tamiapa, y le avisaron que llegaban fuerzas del Gobierno, preguntó quiénes eran, y al saber que eran las del 14 Regimiento, con el señor Reyes a la cabeza, dejó que se acercaran, fiado en la promesa que aseguraba tener del entonces Mayor D. Bernardo Reyes. Al aproximarse las fuerzas, abrieron fuego contra los sublevados que estaban a las órdenes de don Donato Guerra, quien no tuvo tiempo ya de organizar a sus soldados y se vio obligado a dispersarlos. Aquella felonía, como la llamaba don Donato Guerra, lo obligó a internarse en el Estado de Chihuahua, donde fué alcanzado y hecho prisionero. Poco después el 12 Regimiento, que llevaba preso al General Guerra, fué atacado por el General Angel Trías y en el combate, muerto el Coronel señor Peralta; el segundo, Teniente Coronel Machorro, en venganza, ordenó la ejecución de don Donato Guerra.

Durante la permanencia de don Bernardo Reyes en Tepic, con el 14 Regimiento, intrigó contra el General Alfaro, Comandante Militar del Territorio, fomentando una rebelión contra dicho General; rebelión que ocasionó se retirara el señor Alfaro del Territorio y en la que el Mayor Reyes utilizó a Agatón Martínez, antiguo teniente de Lozada.

Al triunfo de la revolución de Tuxtepec, ya Teniente Coronel, estaba en el Estado de Sinaloa, y al caer el Gobierno del señor Lerdo, comenzó por reconocer al señor Iglesias como Presidente de la República, pero poco después se sometió al Gobierno que presidía don Juan N. Méndez, cuando éste preparaba la exaltación del General Díaz a la Presidencia.

Estando ya al frente del Gobierno el General don Porfirio Díaz, el Coronel Reyes, de guarnición en San Luis Potosí, recibió órdenes de ir a batir al General Ramírez Terrón que se había alzado en Sinaloa contra el Gobierno Federal. En el combate de la Unión, don Bernardo Reyes fué herido en una mano y se vio obligado a ordenar la retirada, pero por uno de esos azares de la vida militar, la derrota se convirtió en victoria y Terrón tuvo que abandonar el campo, muriendo poco después. Esta acción valió al señor Reyes que se le ascendiera a General de Brigada.

A los anteriores hechos puede reducirse la carrera militar del General don Bernardo Reyes. Como se ve, ni era un soldado de carrera, esto es, que hubiera salido de un colegio militar, ni tenía hechos de armas en que se hubiera distinguido y que le valieran la reputación de un táctico. Puesto al frente de la situación en Nuevo León, por el señor Romero Rubio, se había distinguido por su inteligencia, por su energía, y sobre todo por sus

aptitudes excepcionales para la intriga, así es que poco a poco, y merced a la prensa, que siempre vigiló con exquisito cuidado, logró hacerse de una reputación de gran general, que jamás reveló con hechos.

En la jefatura de la Tercera Zona, se distinguió por su energía. Se le acusa de no haber tenido escrúpulos y haber llegado en ocasiones a la crueldad. En el Gobierno del Estado, supo desarrollar los elementos de riqueza y dar impulso a las actividades regiomontanas. Como el General Díaz, dedicóse especialmente a las mejoras materiales; pero en todos sus actos, revelaba luego al hombre nervioso, activo, a quien domina el primer impulso, rasgo esencial de su carácter. Ese impulsivismo, lo condujo a la entrega incomprensible de Linares, calificada por muchos, sin razón, en mi concepto, como insigne cobardía: también lo condujo a la muerte, el 9 de Febrero, calificada, esta sí, con justicia, como insigne locura. Esta última fué consecuencia de la primera, pretendiendo con ella borrar su actitud en Linares: Nada más falso. Por lo contrario, con juicio, con prudencia, habría justificado mejor su rendición y sus ambiciones, alcanzando éxito.

En sus trabajos de propaganda, lo ayudó eficazmente su hijo, el licenciado Rodolfo Reyes, abogado inteligente, de aspecto simpático, de cierta cultura, y admirable como su padre, para la intriga. Celoso de las gacetiillas, constantemente cultivó la amistad de estudiantes y periodistas. Siempre estuvo pendiente de que los periódicos se ocuparan de él y de su padre, aun cuando fuera en términos poco halagadores, pero que no dejaran de llamar la atención pública sobre ellos, para no caer en el olvido.

Lo más admirable en todo esto es el partido reyista;

ni los golpes que sufrió el General Reyes, ni las vacilaciones que tuvo, ni sus incomprensibles contradicciones, ni su huída a Galeana, ni su entrega en Linares, ni su detención en la Habana; ninguno de sus continuados fracasos fueron bastante para que los reyistas desconocieran al caudillo. Después de cada desastre, parecía que el Partido iba a sucumbir y renacía más fuerte. Siguiéron firmes a su lado hasta que murió, encontrando siempre explicación satisfactoria a la conducta del General Reyes; siempre hallando una disculpa que hiciera aparecer los actos más incomprensibles, como el resultado de un cálculo perfecto y los impulsivismos más absurdos, como el fruto de una detenida meditación del Jefe. Por último, cuando su conducta no admitía ya defensa, sus partidarios arrojan sus fracasos a la cara del dios éxito, quien según ellos le negaba sus favores.

Esta firmeza en los partidarios del General Reyes, es una de las cosas que más admiran, porque era un verdadero fanatismo, que hacía de los partidarios de don Bernardo, hombres dispuestos a todos los sacrificios y a todas las penalidades. Ni los mártires del cristianismo tuvieron mayor fé.

Muchos de ellos se encontraron a su lado, cuando el 9 de Febrero le sorprendió la muerte. Inteligentes la mayor parte de ellos, pudieron apreciar perfectamente las causas del desastre y sin embargo, todavía hoy hablan con absoluta seguridad del triunfo que habría alcanzado, si la veleidosa fortuna no le cierra las puertas de su templo, justificando hasta sus más crasos errores.

Este fanatismo no lo engendraban sacrificios del General Reyes, ni favores prodigados a manos llenas; ni dádivas, ni siquiera la seguridad de una recompensa. No, el General Reyes no era como don Manuel González,

capaz de todo sacrificio por sus amigos; ni como el General Pacheco, gran distribuidor de beneficios. No, el General Reyes era parco en ofrecer y más parco aún para dar; pero sus partidarios, ciegos por su fe, encontraban muy natural una y otra cosa. Cuando se les quería hacer ver la realidad y se les mostraba al hombre y sus hechos, sonreían despectivamente, y continuaban en su incomprensible idolatría.

El reyismo, en los diez años que tuvo de existencia, laboró perfectamente contra la paz pública. Cuando don Francisco I. Madero comenzó sus giras anti-reeleccionistas, y con ellas la propaganda anti-porfirista que debía convertirse en revolucionaria, encontró el terreno perfectamente preparado, y poco tuvo que hacer. La propaganda socialista que habían hecho los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, había desmontado el terreno, la propaganda reyista lo abonó, los anti-reeleccionistas, dirigidos por los hermanos Vázquez Gómez, abrieron el surco; así fué que la semilla que depositó don Francisco I. Madero en sus discursos, floreció perfectamente y pudo dar su fruto en cortísimo tiempo. El sentimiento existía, faltaba únicamente el caudillo. Ese es el mérito y esa será la gloria del señor Madero, haber aceptado una jefatura que todos temían: haberse enfrentado contra un Poder a quien nadie se atrevía a desafiar.

El General Reyes rehusó el puesto, no por falta de ambiciones, sino porque le faltó decisión. En dos ocasiones pudo presentarse como un caudillo del pueblo: en ambas vaciló y acabó por perderse. Tuvo el don de la inoportunidad.

En las elecciones de 1910, si se separa del General Díaz, si francamente se ostenta candidato a la Vicepresi-

dencia de la República, probablemente triunfa. Después, cuando su huída a Galeana, si se decide a encabezar la revolución, gran parte del País lo habría seguido. No aprovechó ninguna de las dos oportunidades. En cambio, se lanzó a la revolución contra el señor Madero cuando éste iniciaba su gobierno, esto es, cuando no podía saberse si sería o no buen gobernante. Nadie lo siguió.

El reyismo, admirable en su fe, en su constancia y abnegación, es sin duda alguna, uno de los factores que han contribuido al estado de anarquía en que hoy se encuentra el País. Yo, sin embargo, absuelvo a esos hombres cuya fe los cegó, a esos mártires que en su admiración, no calcularon las consecuencias de su error. Todos los fanatismos son iguales, y mientras se limitan a adorar y sufrir, son respetables y dignos de perdón.

Iturbide tuvo admiradores fanáticos. Santa Anna también los tuvo. En los dos, ese fanatismo lo había engendrado el amor a la independencia nacional. El General Reyes no tenía ese antecedente, y el fanatismo de sus partidarios fué superior al que inspiraron Iturbide y Santa Anna. ¿Por qué? Es inútil buscar razones, el fanatismo no discute, no escucha. Los fanáticos, como dice la Biblia, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.

Estas ideas no son nuevas, no me vienen después de los acontecimientos; las expuse por escrito, cuando el General Díaz estaba en el Poder. Ellas están resumidas en los artículos que publiqué en el periódico "La Verdad" editado en Puebla y que reproduzco en los siguientes capítulos.

CAPITULO XIII.

¡LAPSUS..... CREELMAN!

(Del periódico "La Verdad," fecha 11 de Enero de 1911.)

Persuadido el pueblo mexicano de que son grandes, por más que le hayan costado muy caros, los beneficios que debe al Gobierno que preside el caudillo que con valor y bizarría lo condujo a la victoria, durante una época aciaga para la Patria; resignado el mismo pueblo mexicano, a que el que fué su hijo predilecto, el primero en la guerra, fuera también el primero en la paz, estaba decidido a tolerar cuantas reelecciones se le propusieran en favor del valiente soldado oaxaqueño.

No era óbice para esa decisión el anhelo constante de un cambio de personal en el Gobierno, que constituye la característica invariable de los pueblos latinos. Los mexicanos que rodearon al General Díaz para sostener los planes de La Noria y Tuxtepec, manifestaron elocuentemente sus ideas en favor de la reelección indefinida; pero habían transijido y la habrían aceptado sin protestar, en lo relativo a la Presidencia de la República, porque la personalidad del General Díaz se les presenta envuelta en atmósfera de gloria, que impide ver la realidad del hombre; ¿pero acompaña el mismo prestigio a los demás funcionarios públicos que el señor Presidente impone a la Nación? Puede él, cubrirlos con su gloria, que es suya, únicamente suya?

El malestar que se siente en el País puede decirse que viene de la circunferencia al centro. Que el que va del centro a la circunferencia, ha sido creado por el mismo Presidente. Los Estados de la República, con muy raras excepciones, están cansados del caciquismo que los abrumba y anonada. La reelección indefinida de Gobernadores que han entronizado el despotismo más cínico, el latrocinio más escandaloso, y las arbitrariedades más irritantes, ha producido el malestar que se palpa en toda la República.

Parecía, sin embargo, que los pueblos estaban dispuestos a soportar la tiranía que los oprime y a sofocar su indignación, mientras estuviera al frente de los destinos de la Patria don Porfirio Díaz, a quien están acostumbrados a obedecer.

Un suceso insignificante al parecer, vino a despertar de su marasmo a la Nación: la entrevista Creelman. El deseo expuesto por el Presidente, de que se formaran partidos políticos, y su ofrecimiento de ayudarlos para que el País entrara de lleno en la vida democrática, deseo que en realidad no existía y que al manifestarlo era únicamente para darse bombo, al que es tan afecto el Presidente, no soliviantaron al pueblo mexicano, pero sí despertaron las desmedidas ambiciones de un grupo de demagogos que soñaron ser los directores del movimiento nacional. Organizaron un partido llamado de principios y formaron un programa ad hoc para alucinar al pueblo. Protestaron lealtad al General Díaz y atacaron rudamente su obra.

Para realizar su propósito se agruparon, y con discursos y periódicos, halagando al General Díaz para no echarse encima sus iras, y halagando las pasiones populares para buscar aplausos, formaron ese fermento cu-

vos resultados palpamos hoy. Al General Díaz lo ensalzaban donde hubiera una oreja que pudiera llevar al Presidente el eco de aquellas alabanzas; pero lejos del caudillo, se habla del Gobierno sin ambajes ni reticencias.

En Veracruz se habló de las ansiadas libertades y de las próximas reivindicaciones; en Orizaba de la tiranía del capital sobre el obrero; en Gualalajara, halagando el sentimiento local, se subió al General Bernardo Reyes a la cúspide de la heroicidad; pero en todas partes se deturpó al Gobierno en la cabeza de los científicos, atribuyéndoles la venta de la Bahía de la Magdalena, y ofreciendo recuperar el territorio arrancado a la Patria en 47, cuando empuñara las riendas del Gobierno el ex-Gobernador de Nuevo León.

Las masas empezaron a despertar y fué extendiendo una atmósfera contra los científicos a quienes se imputaban todos los males de la Patria y todos los robos al Erario Nacional. El Presidente lo sabía todo y lo toleraba. La imputación se propagó bajo el amparo, bajo la protección y la sonrisa del Presidente, que no calcula hasta dónde llegará su malévolos obra.

Dejó el General Díaz que atacaran al grupo científico con toda impunidad, así, debilitaba un enemigo posible. El mismo se dedicaba a tan ingrata tarea en lo privado, como antes, también privadamente se había lamentado que el señor Limantour, a quien tantos servicios debía, fuera extranjero, e imposibilitado por tanto para ser electo a la Presidencia de la República, aunque no lo fuera para servirlo en el Ministerio de Hacienda.

El Presidente rara vez ataca, y pocas veces dirige personalmente el ataque; las más de las veces deja que ataquen; puede evitar la hablilla con media palabra y

no la dice, puede matar la calumnia con un solo gesto y no lo hace. Se limita a sonreír de la injuria y a murmurar piedad para la víctima. Dejó que tomaran su nombre para soliviantar al pueblo y en nombre del Presidente hablaban los más adictos, los que tienen fácil acceso a él, los que disfrutaban de su confianza—que generalmente son los menos honorables, por la tendencia, ingénita en él, a rodearse de las gentes peores—sus parientes, los que gozan de fuero constitucional. La madeja se iba enredando, y en la natural marcha de los sucesos, en el irresistible impulso de la marejada que invade, de la injuria al grupo científico, de las hablillas contra los Ministros, se pasó al segundo jefe de la Nación y el vice-Presidente de la República, fué el blanco de todos los descontentos. El Presidente se deleitaba ante el espectáculo y plañidera e hipócritamente repetía siempre en lo privado, la pena que le daba la impopularidad del señor Corral. El era el único popular, el único amado del pueblo, el único contra quien nadie se atrevía.

Madero, bien aconsejado, comprendió la situación y ha querido aprovecharse de ella: más audaz que los demócratas, cuando se le quiso hacer cómplice en la intriga, dijo: si el río está revuelto pescaré para mí y se lanzó resueltamente contra la tiranía de Porfirio Díaz. Y del ataque al grupo científico y a don Ramón Corral, pasaron los descontentos, agrupados en torno de Madero, al ataque directo al General Díaz, quien encontró entonces que el chiste era burdo y el sistema malo y que la víctima merecía algo más que una compasión privada. Mientras, Madero se había dicho, minando el terreno, desconfiando los unos de los otros, no estando contento nadie con el Presidente, cuyo juego ha quedado al descubierto, puedo aprovecharme de la situación. Los de-

mócratas no habían sido sino reyistas encubiertos, los instrumentos del General Díaz en la pugna que estableció entre Reyes y Limantour, quienes lastimados y profundamente resentidos contra don Porfirio, prepararon el terreno. Ya lo conocían, ya habían hecho giras contra los científicos; ya habían levantado la voz en Guanajuato y las piedras en Guadalajara; ellos fueron los encargados de preparar las giras de Madero por un camino, ya fácil, porque estaba abonado con los discursos de Urueta y Batalla y los abrazos de don Benito Juárez; y sobre todo había sido barbechado de tiempo atrás, por larguísimo trabajo del reyismo, que ocultamente ha hecho una labor que con el tiempo, puede traducirse en verdadera anarquía.

Porque la tendencia es clara, se trata de minar todo lo existente; se quiere llegar al Poder engañando al pueblo, haciéndole creer que se puede hacer brincar al País, de la paternal dictadura que nos sujeta, a las exaltaciones de la demagogía, que en todas partes han dado funestos resultados.

El General Reyes, es el alma mater de la revolución maderista, debe medir las consecuencias de su conducta o de la conducta de sus partidarios y sobre todo, debe recordar que las revoluciones rara vez escapan a la ley sociológica que las convierte en Saturno devorando a sus propios hijos; y el General Díaz debe ver a dónde va el País si continúa la obra demoledora que nos amenaza. Don Porfirio Díaz ha tenido tiempo suficiente para preparar hombres y una situación estable, para que su sucesor sea la paz; no lo ha hecho, su responsabilidad ante la historia es tremenda; pero aun es tiempo, todavía podría salvarnos si en su ánimo germina aún el patriotismo de que tantas pruebas dió en la sublime década que

concluyó con la toma de la plaza de México, por el Ejército que estaba a sus órdenes.

Aún es tiempo, aún podría evitar la gran catástrofe, si sacrifica su vanidad, si doblega su orgullo y entrega el Poder a los hombres que a su lado han estudiado la situación verdadera del País. El Poder se le escapa de las manos, es inútil que se aferre a él; sus días están contados; y si quiere oponerse a la ley histórica que lo condena, sólo conseguirá caer ridículamente. Su historia de atleta lo obliga a caer decorosamente; a morir, si es preciso, altivamente; pero sobre todo, a hacer cuanto humanamente sea posible por salvar al País. Que alce la cara y mire que sobre el cielo de la Patria, se lee la tremenda leyenda MANE THECEL PHARES.

